

# Rivalidades comerciales

Nuestra economía, la economía del mundo, se desarrolla bajo tres signos fundamentales: 1.º, escasez de medio circulante, 2.º, excedentes de mercancías sin vender, 3.º, insuficiencia de ocupación.

Hijos todos de la tendencia a la desvalorización del dinero y del deseo de contrarrestar esa tendencia que caracteriza a nuestro sistema económico, los tres están íntimamente relacionados. La historia

de nuestra economía, y probablemente su destino, se hallan fuertemente influidos, si no determinados, por tales factores.

Prescindiendo de ejemplos históricos más lejanos, veamos brevemente cómo el mercantilismo y su trasunto moderno el proteccionismo, se han de considerar como la cristalización de estos factores de un sistema coherente, que ha sido la esencia de nuestra política de comercio exterior.

Todos los afanes del mercantilismo se cifraban en provocar la afluencia de metales monetarios y promover la salida de mercancías en exceso, dos fines que se armonizaban perfectamente. La lectura directa de los mercantilistas revela que sus preocupaciones eran las mismas que las de los actuales promotores de la política económica: dar trabajo a las industrias y a los obreros nacionales. Para conseguir esto, el principal obstáculo con que se tropezaba era la escasez de numerario, entonces más natural que ahora, porque dependía de la rareza de los propios metales de que la moneda se hacía. Para tener más dinero, más numerario, no había más que dos soluciones: tener más metal o poner menos en cada pieza. Esto último es lo que en definitiva se hacía cuando las circunstancias apretaban, y apretaban con frecuencia en demasía.

Tener más metales, no disponiendo de criaderos, había de ser importándolos, lo que sólo se puede conseguir pagándolos en mercancías mediante saldos favorables (por esto se llaman así) de la balanza comercial. Hoy no se habla tanto de importaciones de oro y plata, pero sí de saldos de divisas, que no son otra cosa que saldos «favorables» de la balanza de pagos que, en lugar de pagarse por la importación de metal, quedan en forma de saldos deudores (exportación de capitales) que permiten comprar en el extranjero. Si se trata de divisas fuertes, pueden ser respaldo de emisiones de moneda nacional que no se consideran inflacionistas, lo mismo que no se juzgan inflacionistas los créditos concedidos a sujetos nacionales mediante descuentos de efectos comerciales procedentes de ventas reales. No así cuando se emiten sobre divisas procedentes de créditos obtenidos en el extranjero.

Pero lo que me propongo ahora no es discutir esta cuestión de técnica monetaria, sino señalar los efectos que en el comercio exterior tiene el afán de colocar los excedentes de artículos que no encuentran mercado interior. No se trata aquí del proceso comercial corriente de intercambio provocado por unos sobrantes que tienen compensación en el déficit de otros artículos, de modo que caben dos operaciones recíprocas de exportación-importación, una de las cuales se paga con la otra. El caso que examinamos no es de sobrante relativo de unas mercancías y deficiencia también relativa de otras; se trata de un sobrante absoluto que no se puede o no se quiere compensar con nada más que con dinero, y se tropieza con la dificultad de que todos se hallan aproximadamente en el mismo caso; todos quieren vender y no comprar, es decir, todos quieren vender más que comprar, lo cual es imposible, porque sería menester exportar «fuera del mundo», y eso no tendría objeto. Algunas veces se exporta fuera del mundo comercial, quemando o echando al mar los excedentes, pero naturalmente se prefiere

venderlos si es factible, aunque sea a bajo precio (*dumping*).

Exportar y no importar es imposible, por dos cosas: Primera: porque los demás países, que tienen el mismo problema, se defienden tenazmente, tan tenazmente como se les ataque, de la admisión de productos que juzguen superfluos o prescindibles; Segunda: ¿Qué finalidad se puede conseguir con ello, suponiendo que fuese posible alcanzar un excedente de exportación permanente? En los tiempos del mercantilismo puro, el pretexto era que de ese modo se podía obtener oro o plata con que expandir la circulación. Pero ahora el dinero circulante no consiste en oro o plata; lo único es obtener divisas, es decir, una deuda exterior que, si no tiene por objeto comprar artículos fuera, no se sabe qué objeto racional persigue. Porque si se nos dijera que el objeto es lograr una ampliación de la circulación sin riesgo de inflación, diremos que la finalidad se halla frustrada de antemano, pues todo lo que sea aumentar la circulación interior sin contrapartida de más artículos reales en el mercado, causa la misma inflación con cualquier respaldo que sin él.

Lo que hay en realidad por debajo de todos esos pretextos es la necesidad de defenderse contra la superproducción y la falta de ocupación para todos, que se quiere resolver poniendo impedimentos de derechos aduaneros a la entrada de los productos y dando libre salida a los nacionales, cuando no se les conceden primas de exportación que los demás países consideran agresiones económicas más graves que las propias barreras a los productos propios, aunque no se trata de otra cosa que de venderles las mercancías más baratas que se venden al consumidor nacional, una cosa que hecha por un particular parecería ruínosa y absurda.

Todos estas prácticas crean roces y celos entre los países y rompen la comunidad económica, convirtiendo lo que debiera ser una cooperación en una lucha de intereses encontrados. «El mal de tu vecino es tu bien» constituye el principio que informa la política económica internacional. No se puede fundar sobre eso la paz y la colaboración entre los pueblos.

No ha podido escapar al común sentido de las gentes el gran avance que representaría hacer cesar la guerra comercial, muchas veces prelude de la otra guerra, abrir los mercados a la libre competencia para que los consumidores pudieran comprar allí donde los productos son mejores y más baratos, constituir grandes espacios económicos de una gran masa de compradores suficientemente extensa para permitir métodos de producción en gran escala. Mas se tropieza siempre con celos y temores suscitados por la experiencia de una realidad insobornable. Es muy difícil que tales tentativas prosperen en tanto duren los fenómenos absurdos de superproducción y de falta de trabajo. ¿A quien se le convencerá de que conviene dejar entrar libremente los productos extraños mientras no se puedan vender los propios? Para que esto sea posible, es menester que antes desaparezcan esas dos manifestaciones que tienden a exacerbar el nacionalismo económico. Hacer otra cosa es empezar la casa por el tejado. La primera crisis de superproducción, que es fatal, barrerá todos los buenos propósitos. Y en definitiva

no tenemos más que una de tantas buenas intenciones que van a impedir el purgatorio.

La realidad será, mientras esto dure, que toda nueva frontera comporte una nueva línea aduanera que cierre un mercado. Y no se puede eludir esta contrariedad más que sojuzgando a los posibles clientes para impedirles por la fuerza lo que ellos

estiman legítima defensa. De ahí ha nacido el imperialismo económico, el colonialismo, la política de trato preferencial y diferencial y tantas otras prácticas opuestas a la libertad comercial, que perdurarán tanto como sus causas positivas.

GERMAN BERNACER

---